

TESTIGOS PARA UN MUNDO DESCREÍDO

(DOMINGO 2º de PASCUA. Ciclo C)

18 abril 2004

"Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos, y, en esto, entró Jesús, se puso en medio y les dijo: -Paz a vosotros, y, diciendo esto, les enseñó la manos y el costado... Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos..." (Jn 20,19-31)

Es frecuente oír nuestros lamentos por el momento que nos ha tocado vivir en cuando al aspecto religioso se refiere. Ciertamente, el nuestro es un ambiente poco proclive a todo lo que tenga que ver con Dios. Indicadores como la práctica religiosa han caído en picado, hasta extremos llamativos y alarmantes. Nuestros jóvenes han pasado, en menos de diez años, de confesarse creyentes en un ochenta por ciento, al veintitantos por ciento de ahora. Los practicantes no superan el quince por ciento. Y, si nos fijamos en las convicciones y comportamientos morales (especialmente en algunos campos), la Iglesia se queda sola.

Este contexto ha generado en muchos el desánimo, la incertidumbre y la desesperanza. Parece imposible que el mensaje de Jesús de Nazaret prenda en nuestros contemporáneos. Se tiene la sensación (porque así nos lo repiten insistentemente) de que lo cristiano ha quedado obsoleto y desfasado para los tiempos que vivimos. Nos quedamos muy solos. Somos cada vez menos... y esto aún no parece haber tocado techo.

¿Sabéis lo que os digo? Que esto no tiene por qué asustarnos. La descripción hecha es cierta. Pero no se diferencia de la que vivieron los primeros testigos de la Resurrección: en medio de un ambiente hostil, desanimados, miedosos, encerrados... y muy poquitos como grupo. Y, sin embargo, en cuanto los discípulos se llenaron del Espíritu, el mensaje y la persona de Jesús se abrió camino con fuerza en la vida de muchos.

A lo mejor, al lado de esa descripción del descreimiento contemporáneo, tendríamos que hacer la de la falta de profundidad y convicción de los que nos decimos creyentes cristianos. Porque, si no hemos vivido la experiencia personal del encuentro con el Resucitado, poco podremos anunciar. Si no hemos compartido comunitariamente nuestra condición y compromiso de creyentes, poca fuerza y alcance tendrá nuestro testimonio. Si no hemos cuidado el conocimiento de nuestra

fe, pocos argumentos tendremos frente a los que nos contradicen. Si no nos hemos adentrado en la práctica diaria de la oración personal, como encuentro con el Dios Amor, nos perderemos en razones que no demuestran nada ni convencen de nada.

No lo olvidemos, el testigo debe hablar de lo que sabe. Y nosotros, muchísimas veces, ni hablamos ni sabemos hablar de lo que constituye y supone nuestra fe.

Pidamos al Señor Resucitado que se haga presente en nuestra vida, que nos ilumine y fortalezca con su espíritu, que nos lance a nuestro mundo a vivir como auténticos cristianos.

Miguel Esparza Fernández